

El evangelio de hoy, la enseñanza final de Jesús antes de morir, causa dos dilemas.

Uno: La enseñanza describe el juicio de las naciones. La pregunta que surge es: ¿pertenece a una nación de ovejas o de cabras? Esta pregunta está tan cargada de implicaciones partidistas que usted debe resolverla. Pero si pertenecemos a una nación de cabras, todos estaremos en problemas.

El segundo dilema es: si consideramos que esta enseñanza se refiere a los individuos, como se hace tradicionalmente, saber que estamos haciendo el bien deshace el bien. Hacer el bien para ser bueno no es bueno. ¡Qué trampa moral!

¿Cómo podemos resolver este dilema?

Durante un año, hemos estado reflexionando sobre el Evangelio de Mateo. Debemos reunir todo lo que hemos reflexionado para comprender a qué se refiere Jesús. Magos, bautismo y tentación, bienaventuranzas, ley y amor, incluso de enemigos, oración, dinero y tormentas, llamamientos, perdón y compasión, parábolas del trigo, la maleza y la levadura, la oveja perdida, los obreros y los viñedos, los panes y los peces, el amor de Dios, prójimo y yo, misericordia, reconciliación y Espíritu, pasión, muerte y resurrección.

Al celebrar y vivir con este evangelio, ¿en qué clase de personas nos hemos convertido? Cuanto más cultivamos una relación con Dios, más nos preocupamos por nuestro prójimo, más abiertos estamos a la influencia del Espíritu Santo.

Como mentor, Jesús nos forma para ser personas impulsadas por lo espiritual, por nuestra comunión con Dios. Si actuamos solo desde lo racional o lo emocional, terminaremos perdidos.

Jesús nos convierte en personas del Espíritu. Cuando vivimos en el fluir del Espíritu de Dios, no esperamos para hacer el bien. Esperar siempre da tiempo para un millón de excusas. Simplemente lo hacemos.

Cuando vivimos en el fluir del Espíritu de Dios, no calculamos el costo. No se espera un quid pro quo. Cuando vivimos en el fluir del Espíritu de Dios, no llamamos la atención sobre nosotros mismos, buscando aplausos.

Simplemente estamos montando el fluir de la gracia de Dios en el mundo y ese fluir nos lleva al cielo. Dónde, como escribió C. S. Lewis: Nos sorprende quién está allí, quién no está allí y que estamos allí.

Cerramos este año del Evangelio de Mateo con esta cita final de Dante: Solo podemos estar preparados para el cielo, exponiéndonos al fuego del amor de Dios. Una tolerancia que se desarrolla al exponernos a Cristo, en los demás.